

Daniel 1,1

¿Y qué hace una rata despierta? Olisquear.

Jean-Didier, biólogo

¡Qué presentes siguen en mi memoria los primeros instantes de mi vocación de bufón! Tenía diecisiete años, y estaba pasando un mes de agosto más bien deprimente en un club *all inclusive* en Turquía; por otra parte, fue la última vez que tuve que ir de vacaciones con mis padres. La imbécil de mi hermana —que por entonces tenía trece años— empezaba a calentar a todos los tíos. Era la hora del desayuno; como todas las mañanas, se había formado una cola para los huevos revueltos, a los que los veraneantes parecían especialmente aficionados. A mi lado, una vieja inglesa (seca, aviesa, del tipo que descuartiza zorros para decorar la sala de estar), que ya se había servido huevos en abundancia, arrambló sin dudarle con las tres últimas salchichas que quedaban en la bandeja de metal. Eran las once menos cinco, el servicio de desayuno estaba a punto de acabar, parecía imposible que el camarero volviera a llenar la bandeja. El alemán que hacía cola detrás de ella se quedó de piedra; el tenedor, que ya se había tendido hacia una salchicha, se inmovilizó a media altura; el rubor de la indignación le coloreó el rostro. Era un alemán enorme, un coloso, más de dos metros, por lo menos ciento cincuenta kilos. Por un momento pensé que iba a clavar el tenedor en los ojos de la octogenaria, o a agarrarla del cuello y aplastarle la cabeza contra el dispensador de platos calientes. Ella, tan fresca, con ese egoísmo senil y ya inconsciente propio de los viejos, volvió a pasitos cortos y rápidos a su mesa. El alemán se lo tragó; sentí que hacía un

esfuerzo enorme para tragárselo, pero su cara recuperó poco a poco la calma y regresó tristemente, sin salchichas, hacia sus congéneres.

A partir de este incidente compuse un pequeño número contando una sangrienta revuelta en un club de vacaciones, desencadenada por detalles mínimos que contradecían la fórmula *all inclusive*: escasez de salchichas en el desayuno, seguida por el pago de un suplemento por el minigolf. Esa misma noche presenté el número en la velada *¡Qué talento!* (una noche por semana el espectáculo se componía de números propuestos por los veraneantes, que sustituían a los animadores profesionales); yo interpretaba todos los personajes a la vez, haciendo mis primeros pinitos en el camino del *one man show* que ya no iba a abandonar prácticamente nunca a lo largo de toda mi carrera. Casi todo el mundo asistía al espectáculo después de la cena, no había mucho con lo que entretenerse antes de que abrieran la discoteca; y con eso ya tenía un público de ochocientas personas. Mi intervención tuvo muchísimo éxito, a algunos se les saltaban las lágrimas de risa y hubo un nutrido aplauso. Un poco más tarde, en la discoteca, una guapa morena llamada Sylvie me dijo que la había hecho reír mucho y que le gustaban los chicos con sentido del humor. Querida Sylvie. Así perdí mi virginidad y se decidió mi vocación.

Tras el bachillerato, me matriculé en una escuela de teatro; siguieron años poco gloriosos en los que me volví cada vez más desagradable, y por lo tanto cada vez más cáustico; en estas condiciones, acabó llegando el éxito; y tan resonante que hasta yo me quedé sorprendido. Había empezado con números breves sobre las familias reconstituidas, los periodistas de *Le Monde*, la mediocridad de las clases medias en general. Me salían muy bien las tentaciones incestuosas de los intelectuales maduros frente a sus hi-

jas o nueras, con el ombligo al aire y el tanga asomando del pantalón. En resumen, yo era un *agudo observador de la realidad contemporánea*; me solían comparar con Pierre Desproges*. Sin dejar de consagrarme al *one man show*, a veces aceptaba invitaciones a programas de televisión que elegía por su gran audiencia y su mediocridad general. Nunca olvidaba subrayar, aunque con sutileza, esa mediocridad: el presentador tenía que sentirse un poco en peligro, pero no demasiado. En suma, yo era un *buen profesional*; sólo estaba una pizca sobrevalorado. Tampoco era el único.

No quiero decir que mis números no fueran divertidos; divertidos sí que eran. Ciertamente, yo era un agudo observador de la realidad contemporánea; lo que pasa es que me parecía tan elemental, pensaba que en la realidad contemporánea quedaba tan poco que observar: habíamos simplificado tanto, aligerado tanto, roto tantas barreras, destrozado tantos tabúes, tantas esperanzas equivocadas, tantas aspiraciones falsas; realmente quedaba tan poco... Desde el punto de vista social estaban los ricos y estaban los pobres y había unas cuantas y frágiles pasarelas; el *ascensor social*, tema sobre el que era obligado ironizar; la posibilidad, más seria, de arruinarse. Desde el punto de vista sexual estaban los que despertaban el deseo y los que no lo despertaban: un mecanismo exiguo con algunas complicaciones de modalidad (la homosexualidad, etcétera), en cualquier caso fácil de resumir en la vanidad y la competencia narcisista que los moralistas franceses ya habían descrito con tanto tino tres siglos antes. Claro, además estaban las *buenas personas*, las que trabajan, las que se encargan de la producción efectiva de las mercancías,

* Corrosivo humorista francés, fallecido en 1982. (*N. de la T.*)

las que para colmo —de manera un poco cómica, o, si lo prefieren, patética (pero yo era, ante todo, un cómico)— se sacrifican por sus hijos; las que no tienen ni belleza en su juventud, ni ambición más tarde, ni riqueza en ningún momento; las que sin embargo suscriben de todo corazón —incluso los primeros, con más sinceridad que nadie— los valores de la belleza, la juventud, la riqueza, la ambición y el sexo; las que, por decirlo de algún modo, sirven para *ligar la salsa*. La gente así, lamento decirlo, ni siquiera es un *tema*. A veces metía a algunas buenas personas en los números para darles diversidad, *realismo*; la verdad es que estaba empezando a hastiarme seriamente. Lo peor es que me consideraban *humanista*; un humanista *chirriante*, de acuerdo, pero humanista. Para que nos situemos, ahí va uno de los chistes que salpicaban mis espectáculos:

—¿Sabes cómo se llama la parte carnosa que rodea la vagina?

—No.

—Mujer.

Lo raro es que conseguía colocar este tipo de cosas sin dejar de tener buenas críticas en *Elle* y en *Télérama*; cierto que la llegada a los escenarios franceses de los cómicos moros de segunda generación había revalidado los derrapes machistas, y yo derrapaba con gracia: flexión, clavar cantos, extensión, todo es cuestión de control. A fin de cuentas, la mayor ventaja del oficio de humorista, y más generalmente de la *actitud humorística* en la vida, es poder portarse como un cabrón con toda impunidad, e incluso rentabilizar cómodamente la abyección, tanto en éxito sexual como económico, todo ello con la aprobación general.

En realidad, mi presunto humanismo se apoyaba en dos bases muy pobres: una vaga gracia sobre los administrativos y una alusión a los cadáveres de los inmigrantes clandestinos arrojados a las costas españolas habían basta-

do para ganarme la reputación de *hombre de izquierdas* y *defensor de los derechos humanos*. ¿De izquierdas, yo? Puede que a veces hubiera introducido en mis números a algunos altermundialistas, nebulosamente jóvenes, sin hacerles desempeñar de entrada un papel antipático; puede que a veces hubiera cedido a cierta demagogia: era, lo repito, un buen profesional. Por otra parte, tenía pinta de árabe, lo cual facilitaba las cosas; el único contenido residual de la izquierda durante esos años era el antirracismo, o más exactamente el racismo antiblanco. Tampoco es que entendiera muy bien de dónde venía mi cara de árabe, cada vez más característica con el paso de los años: mi madre era de origen español y mi padre, que yo sepa, bretón. Por ejemplo, mi hermana, esa pequeña petarda, era de un indiscutible tipo mediterráneo, pero no era ni la mitad de morena que yo y tenía el pelo liso. Alguien podría haberse preguntado si mi madre era escrupulosamente fiel. O si mi progenitor era un mustafá cualquiera. O incluso —otra hipótesis— judío. *Fuck with that*: los árabes asistían en masa a mis espectáculos; por otra parte, los judíos también, aunque un poco menos; y toda esta gente pagaba su entrada, tarifa normal. Nos preocupan las circunstancias de nuestra muerte, sin duda; pero no está tan claro que nos preocupen las circunstancias de nuestro nacimiento.

En cuanto a los *derechos humanos*, es obvio que me importaban tres leches; apenas si conseguía interesarme por los derechos de mi polla.

En este aspecto, la continuación de mi carrera confirmó poco más o menos mi primer éxito en el club de vacaciones. En general, las mujeres carecen de humor, por eso consideran que el humor forma parte de los valores viriles; así que, a lo largo de toda mi carrera, no me han faltado ocasiones para meter el órgano en alguno de los ori-

ficios adecuados. Hay que reconocer que estos coitos no fueron nada espectaculares. Las mujeres interesadas en los humoristas son, por lo general, un poco entradas en años, en torno a la cuarentena, y empiezan a presentir que las cosas no van a salir bien. Algunas tenían el culo enorme, otras los pechos como manoplas, a veces ambas cosas. En resumen, no eran muy excitantes; y la verdad es que cuando la erección disminuye, uno se interesa menos. Tampoco es que fueran muy viejas; sabía que al acercarse a los cincuenta buscarían otra vez cosas falsas, tranquilizadoras y fáciles; cosas que, desde luego, no iban a encontrar. Mientras tanto, no tenía más remedio que confirmarles —de muy mala gana, créanme, nunca es agradable— la bajada de su valor erótico; no tenía más remedio que confirmar sus primeras sospechas, instilarles a mi pesar una visión desesperada de la vida: no, no era la madurez lo que les esperaba, tan sólo la vejez; lo que había a la vuelta de la esquina no era una segunda juventud, sino una suma de frustraciones y sufrimientos al principio mínimos y luego, muy pronto, insoportables; no era muy sano todo aquello, nada sano. La vida empieza a los cincuenta años, es cierto; con la salvedad de que termina a los cuarenta.